**Domingo XXXII del Tiempo Ordinario –ciclo B-**

***Jesús no sólo ve a las personas sino que las mira (ad-mira), por eso puede***

***decir de ellas lo más íntimo y verdadero. ¡Y nos llama para compartir su admiración…!***

Las lecturas de este trigesimo segundo domingo del tiempo ordinario nos introducen en un ambiente en el que, una vez más, se pone de relieve la importancia de las relaciones que entablamos con los demás, con las personas que nos salen al encuentro sin que haya una búsqueda predeterminada... La vida está llena de encuentros fortuitos, pero no por ello poco importantes, al contrario, suelen ser determinantes y dan a nuestra existencia un sentido especial, único. Quizá por eso, el meollo del mensaje se centra en el modo en que vivimos esos encuentros: de manera profunda o superficial. Jesús de Nazaret, el Maestro y Señor, tiene que llamar la atención de sus discípulos para que aprendan a mirar y a “encontrarse”, no sólo a ver, lo que acontece a su alrededor. Hay una diferencia notable entre “ver” y “mirar”. ***Vemos*** físicamente, cuando las cosas, de alguna manera se iluminan ante nosotros ojos, en nuestra mente; ***miramos*** cuando, además de ver, nos dejamos impresionar o afectar por lo que vemos. Entonces las cosas, los acontecimientos, las personas, no solo quedan iluminadas sino que nos dejan *ad-miradas.* Jesús mira y queda *admirado* por la grandeza de la sencillez. A nosotras/os ¿qué cosas, que tipo de personas, de situaciones, de acontecimientos, nos dejan huella, nos dejan admiradas, llenas de asombro…?

***1 Reyes 17, 10-16:*** No es frecuente que salgamos a realizar nuestros quehaceres cotidianos, a veces bastante duros, como es el caso de la viuda de Sarepta, y nos encontremos de frente con un profeta, con alguien que te ofrece el don divino, inagotable. Pero a veces sucede. En ambos personajes lo primero que se percibe es una postura abierta: él para fijarse y confiar en una pobre mujer *(la máxima expresión de la indigencia del ser humano: por ser mujer, pobre y viuda…)* pidiéndole lo más elemental: agua para beber y pan para comer; cosa que, seguramente, otros muchos de los que entraban o salían de la ciudad hubieran estado en mejores condiciones de darle, aunque no sabemos si hubieran tenido voluntad para hacerlo, pues es bien conocido que se obtiene mucho más de quien tiene poco que de quien abunda en riquezas o bienes materiales. La viuda, desde su indigencia, se abre a la llamada, escucha la petición y pese a la situación de miseria en la que se encuentra, está dispuesta a dar lo poco que tiene a quien se lo pide, aunque en ello le vaya la vida. Ambos salen enriquecidos por una mima actuación divina que salva y que nunca tiene fin. El profeta tiene ocasión de ejercer como tal, y la mujer de probar su fe en Dios y su confianza en aquellos que, como Elías, le hablan en nombre de Dios. De ambos, del profeta y de la viuda, tenemos mucho que aprender. ¿Quién pide y quién da? ¿Quién ofrece esperanza y quien se abre para recibirla sin medida?

***Salmo 145:*** En este precioso poema convertido en oración se contrapone la figura de la persona que confía en el hombre y la del que confía en Dios. La idea que centra el sentido del salmo es ***la confianza en Dios***, de quien únicamente puede venir el auxilio que necesitamos, cuando realmente lo necesitamos. Él es quien hace justicia a los míseros y oprimidos, da pan a los hambrientos y liberta a los cautivos. Pongámonos en sus manos y esperemos en él que nos hará saltar de alegría, en medio de nuestras más profundas necesidades.

***Hebreos 9, 24-28:*** El *sacerdocio del Templo* servía para unir al pueblo con Dios, ofreciendo sacrificios por los pecados de los miembros del pueblo, así como por los propios pecados de los que ejercían tal servicio, y debían ofrecerlos cada año, manifestando así la caducidad propia de la condición humana. Lo que se sacrificaba y ofrecía era “sangre ajena, en cambio, Jesucristo, el Hijo de Dios, se ofrece él mismo como víctima, y es su sangre la que limpia de toda impureza, salvando toda distancia entre la Divinidad y su creación, haciéndose verdadero y único “Pontífice eterno”. La visión apocalíptica que nos ofrece la Carta a los Hebreos está llena de la presencia “sacerdotal” de Jesucristo, muy propia de quienes han experimentado en su propia existencia el sinsentido de unas ofrendas y holocaustos que no rezumen el amor y la misericordia que nos tiene el propio Dios. Ningún sacrificio externo puede llenar de gozo el corazón de la Divinidad, pero sí la entrega de nuestro ser más profundo y sincero. Dios nos ama y nos salva por lo que somos, no por lo que le damos o creemos poder darle.

***Evangelio***

***Juan 2, 13-22:*** Al comienzo de su evangelio, Juan nos sitúa dentro de una escena tan llena de enseñanza como de ternura. Estamos en las inmediaciones del templo, hay un gran alboroto de gente que se acerca al templo con todo tipo de intereses, no sólo religiosos. Jesús aprovecha para instruir a sus discípulos, como siempre. La primera advertencia nos es muy conocida: *“¡Cuidado con los escribas…!”,* porque no son lo que dicen ser y, sobre todo, porque actúan injustamente y sin compasión con los más débiles. Hay pocas cosas que el Maestro no soporte y esté dispuesto a justificar y perdonar, la hipocresía, la soberbia y la injusticia son cosas insoportables para él y, con motivo: la persona hipócrita y soberbia es, con frecuencia, la persona dura de corazón e injusta por convicción. ¿Cómo puede alguien así abrirse al Reino que proclama Jesús de Nazaret, que es de los pobres, de los hambrientos y sedientos de justicia, de los que tienen motivos para llorar…? Jesús pone ante los ojos de sus seguidores un modelo de ser humano que deben evitar, si quieren formar parte del Proyecto salvador de Dios y recibir compasión.

Pero, la mirada del Maestro sigue concentrada y, en un momento dado, aparece en su campo de visión una persona que llama especialmente su atención: una mujer anciana, viuda, supone el evangelista, y pobre. Están cerca del arca de las ofrendas ante la que los ricos se pavoneaban y muestran su *virtud* y *generosidad* echando grandes cantidades de dinero (para ellos pura calderilla), como hacen hoy día mucha gente adinerada que ofrecen cuantiosas ayudas a la Iglesia, a ONG o fundaciones diversas, aligerando así, no sus bolsillos sino sus conciencias. La mirada de Jesús sigue a la anciana… Y ve que echa en el cepo dos reales, nada a los ojos de quienes la rodean, una nada que es para ella *“todo lo que tenía para vivir”,* y Jesús lo ve son admiración. Tanta que se ve impulsado a despertar la atención de sus discípulos: *“Llamándolos, les dijo: Os aseguro que esta pobre mujer ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie…”*. ¿Cómo sería el tono de la voz del Maestro? ¿Cómo expresaría el asombro y la ternura que la acción de la pobre viuda le había provocado…?

Al Señor le sigue provocado asombro el gesto de caridad solidaria que nace, no de las personas que muestran tarjetas de crédito ilimitado o las carteras bien atiborradas de billetes, sino de la gente sencilla que lleva en los bolsillos lo justo para poder comprar lo necesario para poder sobrevivir. ¿Nos hemos fijado alguna vez, dejándonos admirar por la visión, en una persona que deja unas monedas en el cepo de la Iglesia o en la mano de un mendigo, con una sonrisa que ilumina su mirada y toda su persona.

A quien tiene poco y no se aferra a lo poco que tiene, no le cuesta desprenderse de lo material, a favor de quien cree que lo necesita más; es feliz con el mero hecho de compartir ¡la vida! Quienes se desprenden de lo que les sobra se sienten constreñidos, como si les arrancaran las entrañas… ¡y son infelices! ¿A qué grupo de gente pertenecemos, nosotras/os que hemos sido advertidas/os por el Maestro y Señor sobre dónde se encuentra lo verdaderamente admirable…? Ojalá lo supiéramos, sinceramente.

***Trinidad León, mc***